

El presente volumen doble de nuestra revista no pretende suplir el vacío de una antología sistemática de la joven poesía venezolana. Trátase más bien, de una muestra abierta que incluye al mayor número de los participantes en la evolución de nuestra poesía durante los últimos veinte años. En efecto, es hacia 1950 cuando aparecen las primeras manifestaciones de un movimiento que va alterar de manera sustancial el rumbo de nuestra lírica. "Elena y los elementos", de Juan Sánchez Peláez, publicado en 1951, ha sido señalado en diversas oportunidades como el libro que propicia este cambio, el cual hoy no concluye sino que se enriquece a través de sucesivas recapitulaciones y la comprobación de nuevas perspectivas.

Los autores que han estudiado a esta generación, observan ciertas características que la agrupan y definen. En este sentido, el poeta Guillermo Sucre (1), lúcido crítico del movimiento, percibe "cierto tono polémico y la presencia de un lenguaje en que lo poético se despoja ya de tantos formulismos y alcanza dimensión experimental de búsqueda". Esta actitud de apertura hacia un ámbito más amplio y universal es, precisamente, lo que va a diferenciar a estos poetas de sus predecesores. Juan Sánchez Peláez (2), refiriéndose a algunos de los autores más jóvenes de la presente muestra, dice: "Hay un rasgo que se nos aparece común y a la vez esencial en los textos que aquí presentamos: la inmediatez y espontaneidad para aprehender los datos y las apariencias del mundo. Volvemos con ellos a desplazarnos de la casa onírica hasta la ronda de los días (...) Serán términos a menudo cotidianos los que invaliden situaciones y jerarquías tradicionales en un acto siempre desmesurado de subversión lírica y moral".

Otros críticos han propuesto clasificaciones en base a la postura de los recientes creadores frente al hecho poético, Juan Liscano (3), quien, junto con José Ramón Medina, es uno de los pocos escritores

de generaciones precedentes que se han ocupado de estos poetas, distingue dos coordenadas bien definidas en nuestra joven poesía: en primer lugar, "un propósito estético de jerarquización rigurosa" y, en segundo término, "un impulso de subversión lingüístico y conceptual mezclado con manifestaciones de carácter político". La primera tendencia, "rechaza los excesos verbales fáciles, los desplantes efectistas, el desaliño en la expresión, y más bien afianza su voluntad de crear un lenguaje poético firme y depurado..." La segunda, "plantea la instrumentación de la poesía como elemento dialéctico de 'cuestionamiento' del sistema mediante el humor, la burla, el sarcasmo, la denuncia, los 'malos modales'. Refiérese así a los que el ya citado Guillermo Sucre califica de "genéticos" y "apocalípticos", respectivamente.

Al presentar una breve selección de poesía venezolana aparecida en *Insula*, Francisco Pérez Perdomo (4) enumera a su vez tres orientaciones distintivas: "Una primera orientación... probablemente inquietada en las búsquedas del surrealismo y en la de aquellos poetas que, sin haber participado en forma directa de este movimiento, de algún modo estuvieron muy próximos y conexos con el mismo (...). Una segunda estaría señalada por los grandes libros sagrados (*La Biblia*, *El Libro de los Muertos*, *Popol-Vuh*) y por los grandes poetas corales como Claudel, Eliot, Perse, que, por su lenguaje, ritmo y aliento cósmico, se alinean dentro de esta búsqueda (...). y una tercera orientación estaría dada por la narrativa norteamericana de los años veinte y la poesía de la "beat generation".

Con ánimo de resumir las clasificaciones barajadas, y sin el propósito de enmendarlas ni negar otras futuras precisiones más sutiles, proponemos el siguiente esquema, con la reserva natural que genera toda clasificación: Un primer grupo incluye a quienes, salvando la ambigüedad del vocablo, llamaremos formalistas. Predomina en ellos mayor reflexión sobre la palabra poética, asumiéndola muchas veces como valor estético absoluto, a despecho de otras implicaciones con la realidad que contrae todo significativo. Salva Estrada, Alfredo Chacón, Roberto Guevara y Lubio Cardozo, entre otros, asumen esta actitud dentro de la joven poesía venezolana; en un segundo grupo, que denominamos oniristas, la influencia del surrealismo y del para-surrealismo, es en ocasiones, evidente. Partiendo de ciertas premisas establecidas por los grandes románticos alemanes y actualizadas luego por el movimiento surrealista, estos poetas acuden al sueño y a la ensoñación

en un intento por descifrar los arcanos de una realidad casi siempre huidiza e inefable. Sus principales exponentes son: Sánchez Peláez, Pérez Perdomo, Hesnor Rivera, Acosta Bello, García Morales; para el tercer grupo de poetas el paisaje es la motivación central de sus obras, el paisaje transfigurado por medio de un lenguaje suntuoso que, a menudo, acude a la utilización de formas dialectales y al universo mágico de las costumbres y creencias milenarias de los habitantes de las comunidades extraurbanas. A este grupo, que hemos llamado telúricos, pertenecen Ramón Palomares, Rafael José Muñoz, Jesús Sanoja Hernández, Luis Camilo Guevara, Angel Eduardo Acevedo; el último grupo, el de los apocalípticos (término usado con anterioridad por Sucre) acepta la poesía como instrumento de una implacable crítica social bien sea por el empleo de un lenguaje directo, revestido de cierta implicación política o por el empeño de subvertir el lenguaje común mediante la utilización de una sintaxis arbitraria y desordenada. En estos poetas como lo señalara Pérez Perdomo, es notable la ascendencia de la poesía "beatnick". Sus expositores más consecuentes son Caupolicán Ovalles, Valera Mora, Gustavo Pereira, Edmundo Aray, José Barroeta, etc.

Toda demarcación es, no obstante, siempre azarosa, y sólo cabe admitirla a grandes rasgos que convienen más a principios de estudio que a la aprehensión cabal de cualquier manifestación poética. Inútil precisar que en muchos poetas de esta muestra las cuatro líneas esbozadas se entrecruzan, mezclan sus matices y tornan equívoca cualquier particularización simplista. Anotemos finalmente, bien que sólo sea para precisar un poco más el panorama de estos últimos años, un acentuado tono de desolación metafísica, de una metafísica americana, similar en su gravedad y simbología a los signos tatuados en algunas piedras precolombinas. El poema breve propuesto como monólogo del yo lírico ante la aridez de una era de dioses mutilados es, en muchos de los representados, síntoma de esa contemporaneidad que asumen junto a otros creadores de nuestro tiempo.

Asimismo, no es difícil advertir en esta selección un acercamiento heredado y matenido respecto de la poesía francesa, desde Mallarmé hasta Ponge, sosloyando a veces, cuando no desconociendo, otras corrientes de la importancia del expresionismo alemán o del imaginismo norteamericano. Las proposiciones estéticas de autores como Gottfried Benn, Ezra Pound, Max Bense, ceden ante la sobrevaloración de otras corrientes si no menos importantes, sí más aboradadas tradicionalmente entre nosotros.

La presente muestra corresponde al período comprendido entre los años 1950-1970, límite fijado por razones de espacio para esta publicación, lo cual explica que no hayamos incluido a nuestros poetas más jóvenes, en quienes por lo demás, se insinúa, a través de los escasos libros publicados, una actitud no pocas veces alejada de la asumida por sus mayores. Empero, no se trata de un enfrentamiento sino de la incorporación a nuestra poesía de otras experiencias hasta ahora no apreciadas en toda su importancia.

A esta última manifestación de nuestra lírica, entre la que destacan los nombres de Reynaldo Pérez, ("Para Morirnos de otro Sueño", "Tanmatra"), Enrique Hernández D'Jesús ("Muerto de Risa"), David Gutiérrez ("Los Pájaros Fornican en la Catedral"), Elí Galindo, Oscar Díaz Puncelles, entre otros, dedicaremos uno de los próximos números de nuestra revista.

1. — SOBRE POESIA VENEZOLANA, por Guillermo Sucre. Revista Nacional de Cultura, No. 161, Caracas, 1963.
2. — NUEVOS POETAS VENEZOLANOS, Introducción de Juan Sánchez Peláez. Imagen, No. 27, Caracas, 1968.
3. — LA POESIA VENEZOLANA DURANTE LOS ULTIMOS 25 AÑOS, por Juan Liscano. Imagen, No. 52 (Segunda Epoca), Caracas, 1972.
4. — POESIA VENEZOLANA EN LOS ULTIMOS AÑOS, Introducción de Francisco Pérez Perdomo. Nos. 272-273, Madrid, 1969, Insula.

## JUAN SANCHEZ PELAEZ

Nació en 1922; es el mayor y quizás el más influyente de los poetas que integran esta muestra. Libros publicados: "Elena y los Elementos" (1952); "Animal de Costumbre" (1959); "Filiación Oscura" (1966); "Un Día Sea" (1970).

### animal de costumbre

Mi animal de costumbre me observa y me vigila.  
Mueve su larga cola. Viene hasta mí  
A una hora imprecisa.  
Me devora todos los días, a cada segundo.

Cuando voy a la oficina, me pregunta:  
"¿Por qué trabajas  
Justamente  
Aquí?"

Y yo le respondo, muy bajo, casi al oído:  
Por nada, por nada.  
Y como soy supersticioso, toco madera  
De repente,  
Para que desaparezca.

Estoy ilógicamente desamparado:  
De las rodillas para arriba,  
A lo largo de esta primavera que se inicia  
Mi animal de costumbre me roba el sol  
Y la claridad fugaz de los transeúntes.

Yo nunca he sido fiel a la luna ni a la lluvia ni a los  
guijarros de la playa.  
Mi animal de costumbre me toma por las muñecas, me  
seca las lágrimas.